

JUICIO CONTRA UN HOMBRE

Personajes:

Presidente

Acusador

Defensor

Acusado

Empleado

Coro

CUADRO 1

Al fondo de la escena, y en el centro, la mesa del Presidente. A derecha e izquierda, en el mismo plano, dos mesitas pequeñas donde se sitúan el Acusador y el Defensor. A la derecha del espectador se colocará el Coro.

El centro de la escena permanece libre, con sólo el Acusado sentado en el suelo. Aquí se desarrollarán las escenas de su vida.

El Acusador y el Defensor tienen un sensible parecido con Don Quijote y Sancho, respectivamente. El Presidente bien podría ser Hamlet o el Príncipe Segismundo.

El Coro estará formado por el suficiente número de personas para que, de entre ellas, salgan los distintos personajes, excepto el Presidente, el Acusador, el Defensor, el Acusado y el Empleado.

Época y vestidos actuales. En el Coro debe haber gran variedad de vestuario: faldas largas, minifaldas, vaqueros, etc. Tiene que dar la sensación de un grupo desenfadado.

Cuando se hace el oscuro para las escenas retrospectivas, el Tribunal-Presidente, Acusador y Defensor -permanecerán inmóviles. Los mismos miembros del Coro colocarán el mobiliario indispensable.

Al levantarse el telón el Acusado se encuentra en el centro de la escena, sentado en el suelo. A la derecha, el Coro.

Entra el Presidente, seguido del Acusador y del Defensor. El Coro, que ha estado de pie, se sienta despreocupadamente.

PRESIDENTE.- Dé comienzo el juicio. Exponga el Acusador los hechos con brevedad y concisión.

ACUSADOR.- Este ministerio tiene el alto honor de velar por algo tan importante como es la dignidad humana. En cumplimiento, pues, de esta misión, me veo obligado a acusar a este hombre de continuados delitos contra aquélla, con tan pertinaz insistencia y reiteración que es imposible encontrar, en toda su vida, un sólo acto que no constituya un ultraje, un desprecio o un atentado a sus semejantes.

PRESIDENTE.- El Acusado ¿tiene algo que objetar?

(Éste permanece callado y con la cabeza baja)

CORO.- ¡Pobre hombre! Su mudez evidencia el peso de la culpa. No necesitará el Acusador de grandes esfuerzos.

PRESIDENTE.- La defensa puede plantear, también con brevedad, su interpretación de los hechos.

DEFENSOR.- Nihil novum sub sole. La defensa entiende, como el adagio latino reza, que nada hay nuevo bajo el sol.

CORO.- ¡Ya salió la bachillera pedantería! ¡Jolín con el tío!

PRESIDENTE.- El Coro deberá evitar todo comentario indiscreto u ofensivo.

UNA DEL CORO.- *(en una postura coqueta y atrevida que muestra buena parte de sus encantos)* ¿Resultamos indiscretas?

PRESIDENTE.- ¡Ejem... ! No diría yo tanto... Pero lo clásico es que así sea. Prosiga el defensor.

DEFENSOR.- Entiendo, y para ello he preparado un vasto estudio, que no existen los delitos que el Acusador acaba de enunciar; por tanto, en principio, declaro su inocencia.

PRESIDENTE.- Acérquense Acusador y Defensor *(cuchichean entre ellos durante unos minutos)*

CORO.- ¡Oh formulismo leguleyo! ¡Oh misterio de los trámites! ¡Cuántas incertidumbres e inquietudes siembran!

PRESIDENTE.- Puesto que no existe avenencia entre ambas partes, continuaremos el juicio. El Acusador tiene la palabra.

ACUSADOR.- Con la venia. Aquí tenemos al hombre. No es un criminal, porque su mano jamás blandió el arma homicida; no es un ladrón, porque nunca forzó cerraduras de caudales ajenos; no es un maníaco sexual porque en ningún momento abordó con violencia a la beldad transeunte; no...

DEFENSOR.- Permítame hacerle observar, señor Presidente, que el Acusador adopta el papel de la defensa. Hasta ahora no ha relatado un solo delito

y sí muchos valores positivos estudiados por mí para demostrar su inocencia.

PRESIDENTE.- Realmente es extraña su acusación

ACUSADOR.- ¡No! ¡Mil veces no! Yo no acuso a este hombre de delitos comunes, de esos hechos que juzga un tribunal ordinario. Le acuso de algo más grave, más trascendente y más importante: de ser un hombre de vulgares miserias, basurero de detritus egoístas, delincuente de delitos no penalizados ...

DEFENSOR.- ¡Protesto! Los actos no penalizados no son delitos

ACUSADOR.- Yo demostraré que sí lo son. (*Breve pausa*) No puede conocerse a un hombre si se ignoran aspectos esenciales de su vida. Por eso vamos a indagar sobre ella. (*Consulta unas notas*) Usted, Acusado, una vez terminados los estudios, intentó conseguir un relevante puesto, ¿no es cierto?

ACUSADO.- Sí

ACUSADOR.- ¿Y qué ocurrió?

ACUSADO.- Cuando lo tenía casi conseguido, me fue arrebatado por un ignorante, pariente de un Ministro.

ACUSADOR.- A raíz de este hecho fue cuando cambió de táctica, ¿no?

ACUSADO.- Sí. Me hice el propósito de subir, subir, sin importarme el coste ni el medio.

ACUSADOR.- Veamos cómo.

(*Se hace el oscuro. El centro de la escena se va iluminando lentamente. Aparece el Empleado, sentado junto a una mesa. Sobre un montón de folios que pasa rápidamente, va firmando. Conviene exagerar humorísticamente la escena*)

EMPLEADO.- ¡Qué trabajo! ¡Firmar! ¡Firmar! ¡Firmar!

CORO.- ¡Oh, la firma! ¡Cumbre de la acción administrativa! ¡Fin último del cúmulo de sabiduría encerrada en montañas de folios! ¡Fruto del penoso parto de interminable expediente! ¡Sobre tí, ilegible firma, descansa nuestra civilización burocrática!

ACUSADO.- (*entrando*) ¿Se puede?

EMPLEADO.- (*Mirándole despectivamente*) Pase. ¿Qué desea?

ACUSADO.- Vengo a solicitar el puesto vacante.

EMPLEADO.- ¿Con esa facha? ¿Qué méritos alega?

ACUSADO.- Aquí tiene mi expediente

EMPLEADO.- (*Examina los papeles pausadamente, mientras comenta*)

No es usted un genio, amigo mío... Se necesita cara para venir, con este expediente, a solicitar la vacante.

ACUSADO.- Señor... Creo que no ha visto la carta del Gran Personaje que se encuentra al principio.

EMPLEADO.- ¿Eh? ... Es verdad... Sí... (*Pausa mientras lee*) Estupendo, amigo mío. Tiene usted un historial académico interesante... Se nota que es inteligente. Siempre lo he dicho: los más inteligentes fueron, generalmente, malos estudiantes. A Einstein le suspendieron en matemáticas y luego, fíjese, inventó aquello de la relatividad. Yo mismo, y observe donde he llegado, no podía digerir el Administrativo. Bueno... Bueno... No cabe duda de que es usted la persona idónea para el puesto. Necesitamos gente joven, preparada, con experiencia... ¿Ha trabajado usted antes?

ACUSADO.- No, señor.

EMPLEADO.- No importa. La inexperiencia es un defecto que se corrige con el tiempo, ¿no cree?

ACUSADO.- Sí, señor.

EMPLEADO.- En cambio, con su juventud, con sus relaciones... Usted llegará lejos. Me alegro de tenerle de compañero. Cuando quiera puede empezar. Con esa recomendación es usted el amo.

CORO.- La recomendación, ¡Qué invento!

Al torpe hace inteligente,

Al inútil, eficiente

y del tonto, un portento.

(*Se hace el oscuro. Se ilumina la zona del Tribunal*)

ACUSADOR.- El hecho contemplado es ilustrativo de los comienzos del Acusado.

PRESIDENTE.- Aleccionador

DEFENSOR.- Permítame, señor Presidente, disentir. ¿Vamos a rasgarnos las vestiduras por algo tan habitual, tan cotidiano, como la recomendación?

ACUSADOR.- El defensor tiene un sentido de la dignidad propio de un mulero.

DEFENSOR.- Recuerdo al Acusador que los muleros son tan dignos como cualquier otro profesional. Pongo un Acusador, por ejemplo.

PRESIDENTE.- ¡Basta! Recuerdo a ambos que deben respeto al Tribunal. Prosiga el Acusador.

ACUSADOR.- Pido disculpas al señor Presidente. Me interesa hacer resaltar los medios de que el acusado se valió para medrar. Examinemos su comportamiento.

(*Se hace el oscuro y vuelve a iluminarse el centro. La escena se desarrolla en el mismo sitio que la anterior. El Acusado está sentado firmando. A su lado, de pie, el Empleado*)

ACUSADO.- ¡Firmar! ¡Firmar! ¡Qué placer! Indica importancia, catego-

ría. ¡Qué delicia!

EMPLEADO.- ¡Qué inteligente es el señor! ¡ Con qué habilidad firma!

ACUSADO.- Por algo estoy en este puesto.. Otras personas solo sirven para menesteres subalternos.

EMPLEADO.- Sí , señor. Tiene usted razón.

ACUSADO.- Tráigame un vaso de agua, que tanta firma me da sed.

EMPLEADO.- Sí, señor.

ACUSADO.- He de terminar pronto este penoso trabajo de firmar. Estoy esperando al Gran Personaje.

(Una larga pausa durante la cual firma afanoso. Al rato entra el Gran Personaje. El Acusado se levanta servil. El Empleado se retira a un lado, discreto)

ACUSADO.- ¡ Cuánto honor, Gran personaje! Venir hasta esta humilde dependencia demuestra sus valores excelsos! Siéntese aquí, por favor.

GRAN PERSONAJE.- ¡Querido amigo! Veo que acerté al designarle para puesto de responsabilidad

ACUSADO.- Yo procuro servir a tan gran señor con todas mis facultades. Y siento en mi propia carne las críticas mentirosas., envidiosas, insidiosas, biliosas de sus enemigos.

GRAN PERSONAJE.- Gracias, gracias. No esperaba menos de usted. Por eso estoy aquí. Resulta que por mis muchas ocupaciones y trabajos... Ya sabe, banquetes, cacerías, cenas, etc, etc.; digo, pues, que no tengo tiempo ni humor para contestar las tales críticas. Por ello, con motivo del discurso que he de pronunciar en la inauguración de un centro benéfico, me he hecho el propósito de rebatir todas esas calumnias. Así que he pensado, para luego yo perfilarle, que haga usted un borradorcillo del discurso...

ACUSADO.- Inmediatamente, señor. Pondré toda mi inteligencia, toda mi sabiduría, toda mi astucia en él.

GRAN PERSONAJE.- Muy bien, muy bien. Que todo resulte ingenioso.

ACUSADO.- Señor... Yo me atrevería a pedirle algo, si me lo permite.

GRAN PERSONAJE.- Diga, diga.

ACUSADO.- La dirección ocupada por el señor Periañez, ¿sabe? No marcha bien. Es viejo y torpe. Además no es muy adicto a su persona, según me han dicho confidencialmente.

GRAN PERSONAJE.- ¿Es posible?

ACUSADO.- Sí.. Puede estar seguro... Pues yo... Quisiera, si le parece bien, ocupar aquel puesto.

GRAN PERSONAJE.- Está hecho. Recuérdemelo cuando me lleve el

discurso. Me marchó.

ACUSADO.- Sí, señor. Vaya el Gran Personaje con Dios. Como siempre, a su completa disposición.

(Sale el Gran Personaje y el Acusado, después de exageradas reverencias, se sienta)

ACUSADO.- *(Al empleado)*. Ahora estése quieto y no me moleste. Tengo que escribir el discurso del Gran Personaje *(Se inclina sobre el papel. Larga pausa pensando, sin que se le ocurra nada)* ¿ Por qué será tan difícil que se le ocurra a uno algo? *(Pausa)* Señoras y señores. No. Ciudadanos y ciudadanas... No. Queridos compatriotas... No me suena. *(Otra pausa. Se dirige al empleado)* Oiga, mire. Voy a salir a despejarme un poco. Mientras tanto, usted que es algo poeta, que se le ocurren cosas de esas que no sirven para nada y hace frases ingeniosas, pero sin importancia, ¿me entiende? ... Entreténgase en hacer un borradorcillo del discurso que yo luego, claro está, perfilaré y corregiré, con todo lo que el Gran Personaje quiere... ¿Estamos?

EMPLEADO.- Si, señor, como quiera. Siempre a sus órdenes

(Se hace el oscuro nuevamente)

DEFENSOR.- El hombre es un ser débil. La lucha por la vida obliga a veces...

ACUSADOR.- ¡Qué lucha ni puñetas! Lo que el Acusado hizo tiene un nombre muy popular: ¡asqueroso pelotas!

PRESIDENTE.- Sea correcto en sus expresiones.

DEFENSOR.- Señor presidente: Esta defensa se ha mantenido siempre dentro de la más exquisita cortesía.

ACUSADOR.- ¡ Oh Sancho!; Cuánto has cambiado desde aquellos tiempos!

DEFENSOR.- Señor Presidente: No veo la necesidad de reticencias.

PRESIDENTE.- Si sigue por ese camino, señor Acusador, le amonestaré severamente.

ACUSADOR.- Disculpe el honorable Tribunal. Continúo con el examen de los hechos. Veamos otra faceta de la vida de este hombre.

(Se ilumina el centro. La escena se desarrolla en un parque. ELLA pasea delante de un banco, mirando de vez en cuando el reloj. Al fin se sienta. Llega el Acusado)

ACUSADO.- ¡Hola!

ELLA.- ¡ Hola! ¡Cuánto has tardado!

ACUSADO.- No he podido venir antes. ¡ Tengo tantas ocupaciones!

ELLA.- Por fin eres hombre importante. Has luchado fuerte... Hemos

luchado, porque yo también te he ayudado cuanto podía. ¿ Te acuerdas como trabajaba para que tú pudieras estudiar?

ACUSADO.- Sí, sí. Pero...olvidemos el pasado.

ELLA.- El pasado, cuando es hermoso y limpio, no debe olvidarse. Hemos de hacer de él una antorcha, para que ilumine y enseñe el camino a otros. Y para que a nosotros nos recuerde de donde venimos.

ACUSADO.- Dejemos las filosofías

ELLA.- Bueno, las dejaremos. Vivamos la poesía. Mira esas golondrinas, con sus alas extendidas, inmóviles, como si flotaran en un mar de luz. Respira este aire purísimo...

ACUSADO.- Es un bien de los llamados libres; no tiene ningún valor.

ELLA.- ¡Por Dios! ¿Qué dices?

ACUSADO.- Que no tiene ningún valor económico. Solo la escasez da valor a las cosas. Tal vez si continua la contaminación, algún día...

ELLA.- Estás obsesionado. Despierta. Contempla ese soberbio paisaje: millares de flores, de colores vivos y perfume violento; aquellos niños que juegan a la rueda, entre risas; esas parejas que, cada día, reinventan el amor...

ACUSADO.- Lástima de espacio desaprovechado. Una urbanización, a la derecha, revalorizaría toda aquella zona. Allá un viaducto...

ELLA.- Pero, ¿estás loco? Sería destruir el encanto del parque. Mira el río. ¡Qué agua tan transparente! Da gloria verla correr.

ACUSADO.- Podría canalizarse y aprovecharlo para el vertido de los desagües.

ELLA.- ¡Qué horror! ¿ No comprendes que la gente tiene que vivir? Y vivir es respirar aire puro, contemplar la belleza de un paisaje, reír, amar...

ACUSADO.- La gente solo quiere cosas. Y hay que dárselas. Y obtener un beneficio.

ELLA.- No hablas en serio. Tu no puedes haber cambiado tanto. Lo dices por molestarme. Estás malhumorado: ¡trabajas tanto!

ACUSADO.- Siento lo que digo. No estoy cansado. Me gusta trabajar, trabajar mucho para lograr poder y posición. Es lo más importante, lo que el mundo quiere y exige.

ELLA.- No es verdad. El mundo exige unas ideas más humanas: ayudarse mutuamente, amarse, caminar juntos. ¿ Te acuerdas cuando dábamos clases desinteresadas, sacando tiempo del descanso, a los niños del barrio? La consigna era: abrir sus mentes a la cultura, abrir sus corazones a los demás. Buscábamos un mundo nuevo, donde no existiera otra ambición que la de hacer felices a las gentes. Un mundo donde el beso, la risa, la canción sustituyeran para siempre al

odio, a la envidia, al llanto.

ACUSADO.- Utopías tuyas. Yo nunca participé; te acompañaba y te oía, solamente. Si de verdad puede distinguirse un rasgo característico del mundo, es su maldad. Para no sucumbir hay que ser fuertes, y como la fuerza es el dinero, hay que tenerlo. Yo busco este poder desde siempre. Me extraña que no te hayas dado cuenta aún.

ELLA.- Por favor, no sigas por ese camino. Sé que lo que dices no es verdad.

ACUSADO.- Sí, lo es.

ELLA.- Queriéndome, como me quieres, no puedo creerte.

ACUSADO.- Es que ... sí debo decírtelo definitivamente: no me interesas.

ELLA.- ¿Qué? /

ACUSADO.- Es mejor dejar lo nuestro. En un momento del pasado tú pudiste ser un apoyo; en el presente eres una carga para mí. Lo nuestro, desde hace mucho tiempo, está roto... Mejor, no existió nunca por mi parte.

ELLA.- ¡No puede ser, Dios mío! No pueden ser mentira aquellas horas angustiosas vividas juntos, donde lo único bueno era el esfuerzo y la esperanza...

ACUSADO.- Eran tus esperanzas, no las mías.

ELLA.- ¿Y aquellos sueños nuestros de un mundo más bello, más justo?

ACUSADO.- Eran tus sueños, no los míos.

ELLA.- ¿Y aquellas nuestras lágrimas, derramadas al compartir dolores que no podíamos evitar?

ACUSADO.- Eran tus lágrimas, no las mías.

ELLA.- Pero... ¿ quién eres entonces? No te reconozco... ; eres una caricatura del hombre que quiero... Esto es una pesadilla horrible.

ACUSADO.- Es una realidad incuestionable y hay que admitirla. Dejemos ésto. Tengo mis horas llenas de ocupaciones importantes. No me queda ya ningún vacío para el juego.

ELLA.- ¿ Un juego? ¿ Solo he sido un juego? ... No puede ser... No puedo creerte... ; No te vayas!... Sé que es mentira lo que dices... ; No me abandones! ;Te quiero! ... Luchemos contra el mundo... ;Te quiero!...

(Él se ha ido alejando lentamente mientras Ella imploraba. La luz se apaga y el juicio recobra la acción)

ACUSADOR.- ¡Miserable! ¡Villano!

DEFENSOR.- ¡Protesto ! ¿ Dónde se ha visto tanta falta de respeto?

ACUSADOR.- ¿ Dónde se ha visto tanta maloliente basura al lado de la belleza? ¿Dónde tanta maldad al lado del bien? ¿ Dónde tanta bajeza al lado de la poesía? ¿ Dónde.. ?

PRESIDENTE.- ¡Orden! ¡Orden! Desapruebo la explosión del acusador. Necesitamos serenidad para juzgar con corrección. El acaloramiento nubla la razón.

ACUSADOR.- Perdóneme, señor Presidente. A veces siento aquellos viejos impulsos de otros tiempos, que movieron mi brazo para la lucha contra un mundo feo e injusto.

DEFENSOR.- Todos queremos la justicia, pero con orden. No pueden olvidarse las formas. Por otra parte, expresiones tan desafortunadas como las del Acusador, dan por supuesto ya el delito antes de demostrarlo.

ACUSADOR.- ¿ Más demostración necesitas, acémila enlevitada? ¿ Dónde está tu razón? ¿ Dónde tus ojos? ¿ Dónde tu sensibilidad? .. Ves prostituir el amor, sientes despreciar la poesía, notas el vil comercio con la belleza, transformando un mundo apto para la vida en inmunda cloaca y quieres más demostración...

(Mientras habla el Acusador va persiguiendo al Defensor amenazadoramente. El presidente da fuertes golpes llamando al orden)

PRESIDENTE.- ¡Orden! ¡Orden! *(Una vez restablecida la calma, después de una pausa)* Este tribunal ha de considerar seriamente la actitud del Acusador. Mientras decidimos lo procedente, se suspende por unos minutos el juicio.

(Se levanta y salen todos, excepto el Acusado)

TELÓN

CUADRO II

(Entran el Presidente, el Acusador y el Defensor y se acomodan. Breve pausa)

PRESIDENTE.- Este Tribunal, después de haber meditado serena y ampliamente sobre los hechos ocurridos en esta sala y considerando que nuestra justicia no es una justicia normal; considerando que las acciones sometidas a nuestro juicio no son las habituales; considerando, que tampoco tienen por que ser normales y ordinarios los cauces, los formulismos y las actitudes de cuantos colaboran con este Superior Tribunal, he resuelto que el señor Acusador prosiga su labor , al tiempo que le felicito por el calor que pone en la denuncia de la maldad...

DEFENSOR.- ¡Protesto!

PRESIDENTE.- ... y advierto al Defensor que no toleraré que trate de encauzar este juicio hacia las marrullerías típicas.

DEFENSOR.- ¡Protesto!

PRESIDENTE.- Protesta denegada. Continúa la vista.

(Se hace el oscuro y aparece la misma escenografía ya conocida. El Acusado, sentado en su despacho, piensa. A su lado, de pie, el empleado)

EMPLEADO.- ¿ Le ocurre algo , señor?

ACUSADO.- No. Pienso. Este despacho me parece una cárcel.

EMPLEADO.- ¿ Cómo dice, señor? ¿ Una cárcel el despacho del Subjefe Superior del Ente? ¡No es posible! ¿ Si ésta es la máxima aspiración de cualquier

hombre!

ACUSADO.- Usted lo ha dicho: de cualquier hombre, pero no la mía. Quiero subir más, más...; para ello he desprendido todo el lastre que tenía.

EMPLEADO.- Pero, señor, observe que no es posible elevarse más. En un tiempo meteórico ha recorrido toda la escala y está en lo más alto.

ACUSADO.- ¿ En lo más alto?

EMPLEADO.- Ya sólo queda, por encima, el Gran Personaje. ¿ Qué más pretende?

ACUSADO.- Yo bien sé lo que pretendo (*Pausa*) Usted que es un hombre inteligente, ¿Cómo no ha subido?

EMPLEADO.- Porque soy muy ambicioso

ACUSADO.- ¿Cómo?

EMPLEADO.- Sí, señor, soy muy ambicioso. Ambiciono que mi vida sea mía; ambiciono la paz, la tranquilidad de un hogar feliz; ambiciono no ser temido ni envidiado, que mi presencia no cause pavor, que se note apenas; que, si acaso, solo produzca ese comentario inocuo de " ahí está ese buenazo de Pérez" ... Tengo vocación de hombre gris.

CORO.- Curiosa vocación: la de hombre gris. Esa criatura que pasa, como sombra, sin dejar huellas ni recuerdos.

ACUSADO.- Mis ideales son otros. Necesito escalar las mayores alturas sociales. Nadie tiene por qué ser más que yo. No tengo por qué ser igual a nadie.

EMPLEADO.- Siempre estará ahí el Gran Personaje

ACUSADO.- ¿ Y qué ?

EMPLEADO.- ¿ Pretende desplazarlo?

ACUSADO.- Sería difícil , tal vez imposible. Mejor es apoyarse en él tomarlo como soporte.

EMPLEADO.- ¿ Eh?

ACUSADO.- Yo me entiendo. (*suenan el teléfono*) Dígame. ¡Hola, Lucita! Si. Es usted un encanto... De verdad, soy sincero... Me gusta la seriedad... Si no lo toma a mal, me atrevería, respetuosamente, a invitarla al concierto... Sí ... Sí... De acuerdo.

EMPLEADO.- ¿ La hija del Gran Personaje?

ACUSADO.- Sí

EMPLEADO.- ¿ Va a salir con ella?

ACUSADO.- Sí

EMPLEADO.- ¡Pero si es horrorosa... !

ACUSADO.- Es agradable su charla

EMPLEADO.- ¡Pero si es tonta!

ACUSADO.- ¡Más respeto!

EMPLEADO.- Perdona. Ya veo que es el trampolín.

(*Se oscurece la escena, Cuando se ilumina de nuevo se habrá transformado en banquete de boda. Todo el Coro tomará parte representando a los invitados*)

GRAN PERSONAJE.- (*De pie, en la presidencia de la mesa*) Queridos amigos, queridos hijos: No puedo menos que dirigiros unas palabras en este momento tan importante. Mi única hija ha contraído matrimonio. Estoy contento . Y mi contento es porque gano otro hijo. Un hijo ejemplar, trabajador, que yo he formado y elevado. Cuando por ahí se dice que soy un hombre sin escrúpulos, que soy un egoísta, que soy un aprovechado, que únicamente pienso en acumular y acumular riqueza; cuando se me pone como ejemplo de maldad, de avaricia, yo abro las puertas de mi casa y de mis bienes a un hombre que nada tiene, que nada posee; sólo su capacidad de trabajo. Y le abro las puertas con gusto y le entrego a mi querida hija...

HIJA.- ¡papaito!

GRAN PERSONAJE.- ¡Calla, nena! ... Doy, como digo, un ejemplo de generosidad y me someto, sin egoísmo, a los dictados del amor. He dicho.

(*Todos aplauden y gritan: ¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

ACUSADO. (*Se pone de pie*) Amigos: Permitidme que agradezca a este hombre incomprendido y maravilloso, que hoy puedo llamar padre, sus palabras y sus brazos abiertos. Yo, desde que entré a su servicio, he procurado seguir sus pasos, imitarle, porque él es el gran señor que debe servirnos de guía. Ha forjado riquezas, ha fundado empresas que hoy son modélicas. Yo sé bien que hay gente para quienes estas cosas no tienen importancia y las minimizan. Son esos que se llaman intelectuales porque dedican su tiempo a elucubraciones, tal vez ingeniosas, tal vez bonitas, pero sin ningún fin práctico. Y, sin embargo, son incapaces de comprender que todo el acontecer humano está determinado por la actividad económica: la ciencia progresa por el estímulo de hallar mayor utilidad a las cosas existentes, descubriendo aptitudes y aplicaciones ignoradas, que les imprimen más valor, e inventando procedimientos tecnológicos nuevos, que aumentan la producción y disminuyen el sacrificio; el derecho surge de la necesidad de defender la propiedad y, por tanto, el incentivo emprendedor, regulando al propio tiempo sus relaciones; la teoría económica, del estudio del comportamiento de la producción y el comercio; la matemática, por el afán de cuantificar y comparar la acumulación de bienes...; y, así, podría extenderme indefinidamente, porque todas las disciplinas del saber, si las analizamos en profundidad, veremos cómo se nutren, también, de idéntica fuente, a través de

soterradas raíces. Si esto es así, como todos sabemos, no podemos dejarnos influir por estúpidos esnobismos, por irresponsables y falsos filósofos, que pretenden cambiar el mundo sin darse cuenta que, de conseguirlo, sería el fin de su propio mundo. Por ello debéis tener consciencia de vuestra importancia y vuestra misión: la moral, como siempre ha ocurrido, debe estar a vuestro servicio; el derecho, defendiendo vuestros intereses; la ciencia, facilitando mejores medios y técnicas para aumentar el beneficio; las artes, ennobleciendo vuestras figuras para la historia...; y todo y todos deberán someterse a esta clase de hombres emprendedores y arriesgados que mueven todo el tinglado de nuestro planeta.

TODOS.- *(Aplaudiendo frenéticos)* ¡Muy bien! ¡Bravo! ¡Muy bien!

GRAN PERSONAJE.- Hijo, un abrazo. Me has emocionado. ¡ Y no haberme yo dado cuenta antes de lo trascendente que era mi persona!

(Se oscurece la escena, reanudándose el juicio)

ACUSADOR.- ¡Curiosa apología de la avaricia!

DEFENSOR.- Eso es una tendenciosa interpretación

ACUSADOR.- Pero, insensato, ¿cabe mayor aberración? Peregrina pretensión la de que todo, hasta las más nobles y limpias actividades del hombre, estén subordinadas a la acumulación de riquezas.

DEFENSOR.- No es exactamente así. La sociedad está organizada de forma que las apetencias negativas tengan un efecto positivo...

CORO.- ¡Oh insólitas deducciones de leguleyos!

DEFENSOR.- Ruego al señor Presidente que el Coro no interrumpa

ACUSADOR.- Pero es que nadie tiene obligación de soportar las sande-

ces.

PRESIDENTE.- ¡Silencio! Continúe.

DEFENSOR.- Digo, y repito, que nuestra perfecta organización social hace que de las apetencias negativas, surja un efecto positivo.

PRESIDENTE.- ¡También es manía la suya con las paradojas y las contradicciones!

ACUSADOR.- ¡Con las tonterías!

DEFENSOR.- Señor presidente: Estoy hablando y tengo derecho a ser oído. Creo que existe aquí cierta parcialidad.

PRESIDENTE.- Nada de eso; pero es que algunas afirmaciones, como esa de "nuestra perfecta organización social", no se la traga una ballena.

DEFENSOR.- ¡Por favor! Esto no es serio. *(Después de una pausa)* Digo, y repito, ...*(ante el significativo gesto del Presidente, del Acusador y del Coro)* ...lo dicho antes. Esta aparente contradicción se resuelve al considerar que si

todos somos movidos por el egoísmo, a todos, también por egoísmo nos interesa evitar colisiones destructivas y, de ahí, nace la armonía social. El egoísmo nos impulsa a todo género de actividades creadoras y civilizadoras, hasta el límite en que su descontrol pudiera ser pernicioso. Así se logran avances que de otra forma serían impensables.

ACUSADOR.- ¡Así se logra aplastar al débil ! ¡Así se logra sembrar odios! ¡Así se logra perpetuar la miseria en pueblos enteros! Pero tu buche crece y crece, hasta el límite de explosión.

DEFENSOR.- Señor Presidente, yo...

PRESIDENTE.- Creo que nos hemos desviado del juicio. Cíñanse al tema.

ACUSADOR.- El tema, señor presidente, es la forma de elevarse este hombre. Subrayo sus actos: bajeza en la forma de establecer relación con el Gran Personaje; vileza al contraer matrimonio con el guñapo físico y espiritual de la hija de aquél, repudiando la belleza y el amor; ruindad en la concepción de un mundo que, si vale algo, es por todo lo contrario de lo que él piensa.. Y, por si fuera poco, me permito rogarles que presten atención a esta escena, cuando ya estaba en la cumbre del poder y de la riqueza.

(Nuevamente, tras el juego de luces, aparece el despacho.)

EMPLEADO.- ¿Ha visto el proyecto de la urbanización?

ACUSADO.- Sí. Me parece demasiado lujoso.

EMPLEADO.- Hay que cubrir las apariencias.

ACUSADO.- Da igual. Una vez destruidos los edificios., nadie podrá averiguar nada. La verdad será la de los papeles, la del proyecto. Recuerde que la idea es que, una vez terminada la construcción, se hunda. Tenemos preparada la prueba de adulteración del cemento; con ella demandaremos al fabricante y, así, obtendremos los beneficios que hubiera producido la venta, amén del terreno sobre el que volveremos a construir. La empresa del cemento quebrará, nos quedaremos con ella y redondearemos el negocio.

EMPLEADO.- ¡Es usted un águila! Lo que no comprendo es su idea de construir una presa hidroeléctrica en Villa del Deseo. Allí no hay agua ni nada que lo parezca.

ACUSADO.- Es bien sencillo. He simulado empezar la obra cundiendo, al mismo tiempo, el rumor de la existencia de petróleo en el subsuelo. Los vecinos, cuando se han enterado, están deseosos de recuperar los terrenos que les expropiamos, por interés público, a precios de risa. Darán por ellos lo que les pidamos.

EMPLEADO.- ¡Genial!

ACUSADO.- Es lo corriente en mí. Recuerde cómo nos hicimos con todas las acciones de Banco de Negocios y Similares S.A. Puse en venta todo mi paquete y difundí supuestas y graves dificultades de la sociedad. Se produjo una caída vertical de las cotizaciones y pude quedarme con todas las participaciones a precio de saldo.

EMPLEADO.- Sí, recuerdo que mis pequeños ahorros volaron todos.

ACUSADO.- (*Se ríe*) ¡No me diga! Bueno, hombre, le compensaré con una paga extraordinaria.

EMPLEADO.- Gracias, señor. Tengo curiosidad por la compra del Hotel Vistamar. Es un sitio feo e incómodo.

ACUSADO.- Era la única forma de cobrar una deuda. Ahora lo promocionaremos eficazmente. Pondremos un gran Casino y casas de cita. Propagaremos noticias de violaciones, agresiones y suicidios. Se nos acabarán las plazas. Nada gusta tanto como las fuertes emociones del sexo, la violencia y el juego. La gente es fácilmente manipulable; se puede dirigir hacia donde nos interese, creándoles necesidades antes no sentidas, o dándoles satisfacciones falsas a sus apetitos. Los ejemplos que podría aducir son muchos. Nuestros negocios se extienden a todos los campos, dentro o fuera del país. Acuérdesse de la venta de armas, inservibles casi todas, a un país subdesarrollado, después de haberle convencido de hipotéticas intenciones agresivas de un vecino. Daba risa ver a los nativos, cubiertos de carroña, llevando, heroicos, un fusil inútil, cuyo peso apenas podían soportar.

EMPLEADO.- Desde que el señor se hizo cargo de los negocios del Gran Personaje, los ha multiplicado.

(*Se reanuda el juicio, tras el correspondiente juego de luces*)

ACUSADOR.- He aquí toda una lección de picaresca. Sólo que esta picaresca no es la burda y un tanto inocente de otros tiempos, cuando el truhán se conformaba con matar el hambre con mendrugos arrebatados, graciosamente, al cazarro pueblerino o con hurtar algunos reales al avaro miserable y harapiento, de tal forma que, muchas veces, tales acciones, mas que delitos, eran merecidos castigos. Pero ahora no; se trata de explotar ignorancias, promocionar vicios y perversiones, obtener beneficios del dolor y sufrimiento ajenos.

DEFENSOR.- Disiento del Acusador. Todo cuanto hemos visto y oído es práctica habitual y forma parte de la estrategia económica. La acusación, por tanto, si existiera falta, habría que dirigirla a los cuatro vientos, contra todo el mundo, no contra mi defendido, un hombre solo, singularizado.

ACUSADOR.- ¿Y qué hago ¿Cree, acaso, que estamos ante un Tribunal de rateros?

DEFENSOR.- ¡Contenga su mal genio y guarde las formas!

ACUSADOR.- ¡No me da la gana!

PRESIDENTE.- ¡Orden!

ACUSADOR.- Disculpe, señor Presidente. Pero es que no puedo soportar las cegueras voluntarias.

PRESIDENTE.- La justicia requiere pausa y serenidad. Continúe.

ACUSADOR.- Conviene a mi propósito proseguir con la siguiente escena.

(*Juego de luces y aparece el despacho del Acusado. Durante toda la escena sonaran, intermitentes, los teléfonos de la mesa.*)

ACUSADO.- Diga. Sí. Venda Petróleos.

EMPLEADO.- Señor, los resultados de los balances y los gráficos, están para que los examine.

ACUSADO.- Bien, que los traigan. Dígame... Compre Inmobiliarias.

EMPLEADO.- Doy las órdenes. (*Sale y a poco entra, acompañado de una señorita con enormes gráficos*) Aquí están. Urbanizadora del Sur, cien millones.

ACUSADO.- Bajo, bajo ese beneficio. Que cambien al director, ¿Si? ... Venda Metro y compre Aviación.

EMPLEADO.- Palillos y Cerillas. Ciento cincuenta millones.

ACUSADO.- Está mal, mal. Se necesita mayor productividad, - Adviértaselo así al Ingeniero Jefe...¿Si?... Venda Banca Perez. No interesa.

EMPLEADO.- Aguas del Riobó: quinientos millones.

ACUSADO.- Va mejorando, pero necesita agilidad... Bien. Bien. Compre Inmobiliaria.

EMPLEADO.- Minas de uranio: mil millones.

ACUSADO.- ¿Nada más?

EMPLEADO.- Tenga en cuenta, señor, que allí no hay uranio.

ACUSADO.- Pero eso, ¿quién lo sabe? Cámbieme el Consejo.

EMPLEADO.- Automotores silenciosos: setecientos millones.

ACUSADO.- Ha bajado. Esto no puede ser. ¡Tengo que estar en todo!

EMPLEADO.- Es la crisis de la energía.

ACUSADO.- ¡Pero si la crisis la hemos provocado nosotros!

EMPLEADO.- Por eso Petrolera del Mar ha multiplicado por mil las ganancias. Mírelo.

ACUSADO.- ¡Que hermosura! Esto es una curva.

EMPLEADO.- Es una vertical, señor.

ACUSADO.- Diga, diga. Venda Automotores. Todo.

EMPLEADO.- Alimenticias Reunidas: dos mil millones.

ACUSADO.- Este resultado está bien. ¿Cómo? No... No. Venda.

EMPLEADO.- Claro. Toda la producción se hace con excelentes y económicos sustitutivos. No podía fallar.

ACUSADO.- Bien, bien. Así me gusta *(al teléfono)* ¿Cómo? No es posible. Corra el rumor contrario y compre.

EMPLEADO.- Aquí tiene el resumen de todas las empresas. En conjunto es una auténtica danza de millones.

ACUSADO.- No está mal. Pero puede aumentarse. Quiero un informe sobre todo el personal directivo. Después me lo reúne.

EMPLEADO.- Se llevarán un susto.

ACUSADO.- Es lo que pretendo. La gente actúa bien a palos; si los elogiamos, se duermen y exigen. Y eso no puede ser.

CORO.- Millones, millones, millones... ¿Es posible que existan tantos?
(Juego de luces y reaparece el juicio)

ACUSADOR.- ¿Han visto, alguna vez, una sed mas insaciable? Es como una espiral infinita que, nacida de un punto, cada vez abarca más y más.

DEFENSOR.- Esa es la grandeza humana: su capacidad de superar cualquier límite.

PRESIDENTE.- Señor defensor; nuestra capacidad de sorpresa sí que tiene un límite. No concibo qué grandeza puede existir en la ambición sin medida.

DEFENSOR.- Señor Presidente: ya está prejuzgando. Creo que este Tribunal no es imparcial.

ACUSADOR.- ¡Hombre! ¡Es que hace unas afirmaciones...! Suelta frases hechas y estereotipadas porque suenan bien y ¡hala!, a confundir. Esa táctica tal vez sirva para otra clase de Tribunal, pero no aquí. Infravalora usted nuestra inteligencia.

PRESIDENTE.- Es verdad. Se le nota el pelo de la dehesa.

DEFENSOR.- No entiendo lo que quiere decir.

ACUSADOR.- Quiere decir, querido e insoportable Defensor, que se le descubre fácilmente los vicios y estupideces de picapleitos.

PRESIDENTE.- Bien, bien. Olvidemos el incidente.

ACUSADOR.- No quisiera ahondar mucho más en las miserias de la vida de este hombre. Sin embargo, me es imprescindible dar a conocer, por último, unos hechos que en modo alguno deben quedar olvidados.

(Reaparece la escena del despacho)

EMPLEADO.- Señor, es muy tarde.

ACUSADO.- Márchese, yo espero una visita. ¡Ah!, diga a los guardas del

edificio que estén atentos a la alarma de mi despacho, por si los necesito.

EMPLEADO.- ¿Teme algo el señor?

ACUSADO.- Tal vez.

EMPLEADO.- Conviene avisar a la policía.

ACUSADO.- No, no; es una simple sospecha.

EMPLEADO.- Ordenaré que no dejen pasar a nadie.

ACUSADO.- Al contrario. Que dejen paso libre. Mire, es que tengo un presentimiento con esta visita que espero. Mas, por otra parte, como no hay evidencias, conviene no delatar temores. Basta con estar todos preparados por si ocurre algo.

EMPLEADO.- Puedo quedarme.

ACUSADO.- No, prefiero estar solo. No puedo arriesgar a un buen padre de familia. Váyase tranquilo.

EMPLEADO.- Sí, señor. Buenas noches.

(Se marcha, breve pausa)

ELLA.- ¿Se puede?

ACUSADO.- Adelante.

ELLA.- ¡Hola!

ACUSADO.- ¡Hola! ¿Cómo estás?

ELLA.- Bien.

ACUSADO.- No ha pasado el tiempo sobre tí. Está más guapa y hermosa que nunca.

ELLA.- Sí ha pasado el tiempo. Siglos enteros han pasado sobre mí.

ACUSADO.- Pues te favorecen. Yo, en cambio, con tanto trabajo, estoy envejecido.

ELLA.- Es lo que querías, ¿no?

ACUSADO.- Pues...sí. ¿Y tú? ¿Has conseguido tus propósitos?

ELLA.- Nunca alcanzamos plenamente nuestros deseos.

ACUSADO.- Siéntate aquí. Esto es verdad. Pero quizás sea mejor, ¿Te imaginas que hubiera sido tu vida conmigo, un hombre frustrado y amargado?

ELLA.- No era así el hombre que yo quería.

ACUSADO.- Sí era. ¡Si lo sabré yo!

ELLA.- Pues te comportabas como un artista del disimulo.

ACUSADO.- Era, simplemente, una estrategia.

ELLA.- Olvidemos todo eso.

ACUSADO.- Por el momento. Ya hablaremos más adelante. Ahora, dime, ¿qué quieres?

ELLA.- No es nada para mí. Vengo a pedirte que respetes la fundación.

De ella dependen muchos niños. Sé que la propiedad del edificio ha pasado a vosotros.

ACUSADO.- Está programada la construcción de un complejo industrial de interés público.

ELLA.- El mejor interés público es la formación de unos muchachos que, de otra forma, se convertirían en marginados y delincuentes.

ACUSADO.- ¡Pero si estáis llenos de deudas! De todas formas tendréis que cerrar.

ELLA.- Ya lo sacaremos adelante. Tú respeta la fundación.

ACUSADO.- Lo veo difícil. No depende exclusivamente de mí. Por otra parte, tengo en mi poder un documento, firmado por el director, que compromete toda vuestra organización. Más aún, os puede ocasionar problemas judiciales. Es prácticamente una estafa.

ELLA.- ¿Cómo ha llegado a tí?

ACUSADO.- No te he olvidado y me interesa todo lo tuyo. En otras manos os comprometería.

ELLA.- Entonces..., si queda algo en tí del cariño de otros tiempos, ayúdanos. Ya sabes que la fundación es toda mi vida.

ACUSADO.- El director ha sido imprudente.

ELLA.- Teníamos que salvarnos de la catástrofe inmediata.. Él ha asumido el riesgo. Es un hombre extraordinario.

ACUSADO.- ¿Le quieres?

ELLA.- Le quiero y le admiro. Pero mi cariño está por encima de la vulgar concepción de lo que es el amor.

ACUSADO.- ¿Estarías dispuesta a todo por salvarle y salvar la fundación?

ELLA.- Claro que sí.

ACUSADO.- ¿Estás segura?

ELLA.- Segura.

ACUSADO.- Entonces..., es posible que pueda hacer algo. De tí depende.

ELLA.- No te entiendo.

ACUSADO.- Te he dicho que nunca me olvidé de tí. En mi escalada hacia el poder, uno de mis objetivos eras tú.

ELLA.- Sigo sin comprender.

ACUSADO.- Está claro. Mi renuncia a tí fue sólo temporal. Esperaba un momento, como éste, para volver a tenerte junto a mí.

ELLA.- Eso es imposible.

ACUSADO.- Ahora estoy en condiciones de ofrecerte dinero, poder,

influencia, caprichos..., todo lo que hace agradable la vida.

ELLA.- Y lo que la hace indigna. Soy buena para querida, pero no para esposa.

ACUSADO.- El amor no entiende de distingos legales. Mi esposa es un medio; tú, un fin. (*Intenta abrazarla*)

ELLA.- ¡Déjame! El amor se conquista; tú únicamente sabes destruirlo.

ACUSADO.- Si eres sensata, aceptarás. Tendrás todo lo que quieras, todo lo que apetezcas. Tus deseos, tus caprichos, serán ordenes para mí; todo lo que poseo será tuyo. He luchado para dominar al mundo y ahora lo pongo a tus pies. ¿Qué más prueba quieres de mí?

ELLA.- Te has equivocado de época. Eso debiste decirlo en otro tiempo. El pasado nunca regresa.

ACUSADO.- Somos los mismos.

ELLA.- No. Somos unos extraños.

ACUSADO.- Pero, ¿vas a tener tantos escrúpulos morales?

ELLA.- Si no es eso. Es que tú no eres el hombre que amé, eres un desconocido. Si fueras aquél nada me detendría.

ACUSADO.- Soy el mismo.

ELLA.- No, nunca. Aquél no se convertiría en hombre poderoso. Iba contra su naturaleza.

ACUSADO.- En tu imaginación. Soy el que amabas. Esa es la verdad.

ELLA.- La verdad es la que cree nuestro corazón, nunca la que la falsa realidad muestra.

ACUSADO.- Eso es una tontería. Recuperaremos el tiempo perdido. ¡Te quiero!

ELLA.- ¡Suéltame!

ACUSADO.- Pero, ¿no comprendes? Durante años me he quemado en el deseo de abrazarte, de fundirme en tí. He sufrido noches de pesadilla, creyendo tener tu cuerpo junto al mío, sintiendo tu piel, rozándome tu aliento, besándome tus labios...

ELLA.- ¡Basta! He venido para otra cosa. Si sigues así, me marchó.

ACUSADO.- (*Recuperando su frialdad*) Bien, si no te rindes por este medio, haré uso de otros.

ELLA.- ¿Qué quieres decir?

ACUSADO.- Sabes que estáis en mis manos. Si no cedés, os destruiré a todos, a la fundación, a tí ... No sabes hasta donde llega mi poder.

ELLA.- No creo que seas tan miserable.

ACUSADO.- Te deseo.

ELLA.- ¿Solo mi cuerpo? Otra cosa no te daría.

ACUSADO.- ¿Hay algo más que el cuerpo?

ELLA.- Me das lástima.

ACUSADO.- No me importa, con tal de que seas mía.

ELLA.- Nunca.

ACUSADO.- Siempre. Ven acá (*Forcejean*) Serás mía.

ELLA.- ¡Miserable!

(*En este momento entra el Director*)

DIRECTOR.- ¿Qué ocurre? ¡Dios mío! (*Trata de sujetar al Acusado y se entabla entre ellos una lucha*)

ACUSADO.- ¡Os destruiré! ¡Os destruiré! (*Toca la alarma y aparecen los guardas que reducen al director y a Ella*).

ACUSADO.- Avisad a la policía. Han tratado de robarme unos documentos.

ELLA.- ¡Por favor! ¡No! Si aún queda en tu corazón algún sentimiento, no nos hundas. Te lo pido por lo que pudieron haber sido nuestras vidas. ¡No desfigures la imagen del hombre que quise! ¡Ten piedad! Si destruyes el recuerdo más hermoso de mi vida, ¿qué va a quedar de mí?

ACUSADO.- ¡Llevadlos fuera! Y llamad a mi abogado.

(*Se apaga la luz lentamente*)

ACUSADOR.- (*Dirigiéndose con violencia al acusado*) ¡Canalla vil! ¡Escoria de hombre! ¡Escarnio de la especie! ¡Yo te daré tu merecido!

PRESIDENTE.- ¡Orden! ¡Orden!

DEFENSOR.- (*Sujetando al Acusador con alguno del Coro*) Señor Presidente, éste es un desacato a su autoridad.

PRESIDENTE.- ¡Quietos todos!

ACUSADOR.- Perdone, señor Presidente. Mi exaltación...

DEFENSOR.- La pasión está reñida con la justicia, y usted debiera saberlo.

ACUSADOR.- Hay ocasiones en que es imposible evitarlo

PRESIDENTE.- Siempre debe evitarse la violencia. La justicia es equilibrio. Cualquier exceso o defecto, por mínimos que sean, desajustan su delicado mecanismo, transformando la más noble y excelsa función que existe, en remedo y parodia de justicia.

CORO.- Difícil, en verdad, es ser justo. ¿Quién será tan objetivo y sereno para conseguirlo?... Cuando las pasiones nos dominan, los apetitos nos tiran, los deseos nos embargan, el ambiente nos incita, ¿quién tendrá lucidez o fuerza para desprenderse de ellos?

PRESIDENTE.- Creo que todos necesitamos un descanso para reflexionar. Se suspende el juicio.

TELÓN

CUADRO III

(Al levantarse el telón el tribunal se halla constituido).

PRESIDENTE.- Antes de seguir adelante, permitídmeme unas palabras.

CORO.- ¡Vamos de rollo!

PRESIDENTE.- Nada de eso. Simplemente unas recomendaciones.- Al Coro, que limite sus intervenciones a subrayar algún hecho o idea importantes o para aclarar situaciones confusas; que sea un poco conciencia y ojos del espectador distraído; a los señores Acusador y Defensor, que sean objetivos. No se trata de ganar o perder un pleito. Los asuntos aquí ventilados los perdemos o ganamos todos cada día, a cada instante. Por eso es importante que la justicia resplandezca, aunque sea con dolor y amargura; así tendremos, por lo menos, la satisfacción de salvar un poco de dignidad y, basados en ella, si de verdad somos seres inteligentes, y por muy prostituida que esté nuestra vida, hallar un gesto elegante para aceptarla; porque en esta aceptación está nuestra superioridad y diferencia con los seres irracionales. Ahora, con serenidad, sin ánimo de emulación, sin otro objetivo que el conocimiento de la verdad, continuemos. El Acusador tiene la palabra.

ACUSADOR.- (Con *lentitud* y *como cansado*) La misión de denuncia es siempre ingrata. A quien os habla, cuando llega este momento final de sacar conclusiones, de interpretar hechos, le invade un temor enorme y una insólita perplejidad: Temor de dejarse llevar por la pasión o por las apariencias;

perplejidad, porque un mismo acto, incuestionable en sí mismo, puede juzgarse de distintas formas, según la intencionalidad de quien lo realizó. ¿Y quién es capaz de penetrar en lo más recóndito de la mente humana?. La sucesión de hechos, analizados con la lógica del resultado puede, ciertamente, desvelarnos en ocasiones la intención y, por consiguiente, la culpa. Pero también ocurre que no todos los seres actúan con sentido lógico y de ahí la tremenda posibilidad de errar. Sin embargo, como no existen otros medios, estamos obligados a correr el riesgo. Por ello, yo, en este momento, sin falsa humildad, pido siempre disculpas a mis acusados. (Pausa) El que hoy comparece es un hombre más. No existe especial intención en mis palabras. Es un hombre como muchos que, al enfrentarse con el mundo, reaccionan de forma agresiva, viendo en sus semejantes, no al compañero que nos puede ayudar, ni al interlocutor que enriquece nuestra personalidad con su experiencia, ni al otro ser que evita nuestra angustiada soledad; contrariamente, ven al enemigo, al competidor, al que hurta nuestro bien. Lógicamente, esta forma de mirar a los demás, implica la necesidad de destruirlos o someterlos. Y es lo que hizo. A lo largo del juicio ha podido observarse cómo encauzó sus acciones: primero, busca donde está el poder y, con falsa sumisión, se introduce en el grupo. Allí va subiendo escalones lentamente, con sucias argucias, zancadillas, denuncias e hipócritas adulaciones. Alcanzada cierta altitud, su egoísmo y ambición otean la posibilidad de encaramarse hasta la cumbre. Entonces no duda en renunciar a lo único noble y bello que, por azar no merecido, estaba junto a él. Todos recordamos aún la escena del parque. Allí se pisoteó, se cubrió de inmundicias, lo poco que existe con capacidad para reconciliarnos con este mundo: la belleza, la virtud, la inocencia, la bondad, la poesía, el amor... Fue como cambiar perlas o diamantes por boñigas pestilentes. Pero todo aquéllo suponía una rémora, un obstáculo, a sus deseos de riqueza y poder. Ya tenía el camino libre. El siguiente paso, como es natural - dentro de la retorcida lógica del ambicioso - era venderse él mismo, prostituir su propia persona. Recuerden, señores, que prostitución es vender el uso del cuerpo. Es lo que hizo. Vendió su cuerpo; su alma, claro está, llevaba tiempo enajenada... Ya lo tenemos formando parte de la familia del Gran Personaje; ya es, también, gran personaje. Mas, lejos de sentirse satisfecho, se le acrecienta la ambición. Hay que aumentar las ganancias, controlar más empresas, extender el dominio y la influencia... Ya no se busca el negocio, se provoca con maquinaciones. El santo beneficio es lo importante, sin que sean discutibles los medios para obtenerlo, sin tener en cuenta quienes caigan en la lucha innoble.... Pero siendo todo ésto grave de por sí, hay algo que, además, le da un tinte demoníaco: la impersonalidad. El Acusador no aparece al frente de estas actuaciones como responsable exclusivo;

es una organización, cuyos tentáculos anónimos llegan por todos lados, succionando esfuerzos ajenos, cohechando conciencias y sembrando violencias y odios. Y sin posibilidad de rebelarse ni de personalizar al dominador... Hay suficiente materia, con cuanto se ha dicho, para calificar este delito continuado y multiforme. Sin embargo, al Acusado no le bastaba; tenía que superarse, invadir otros campos de la maldad; y, así, prepara su trampa para cazar a la pieza más codiciada: Ella. Solo que, al desconocer la existencia de alguien con ideas y motivaciones diametralmente opuestas, no acierta a prever su fracaso. Fracaso, por otra parte, que nos devuelve la fe y la confianza en este pobre y lacerado mundo, al constatar que aún pueden surgir de su matriz seres espléndidos, capaces de asumir misiones de ejemplaridad. A él no le quedaba ya otra arma que la venganza, y la usó... *(Pausa)* Yo, en este momento, dejándome llevar por mi temperamento, debiera cubrir de insultos al Acusado. Pero no puedo. La tristeza atenaza mi voz y mi ánimo. Y es que, después de ver un espectáculo de crueldad y egoísmo, metódica y matemáticamente desarrollados, uno se siente deprimido e impotente. *(Breve pausa)* Ahora es necesario hacer justicia... ¿Y qué es la justicia? Antiguamente se definía como dar a cada uno lo suyo. El Presidente ha dicho que es equilibrio. Yo creo que debe ser algo más: una aspiración ideal de que la vida de todo hombre se realice sin violencias. A nadie puede escapar que ésto es utópico y, como toda utopía, algo bello e irrealizable. A uno le invade la duda, pensando así, de si es correcto el castigo cuando comprobamos la imposibilidad de hacer justicia pura; porque lo real y palpable es ese castigo nacido de la condena, donde materializamos el materialista concepto nuestro de lo justo. Con ello nos sentimos tranquilos y satisfechos, olvidando que tal vez detrás de unos hechos evidentes, existan unos condicionamientos que llevaron, fatalmente, al delito. Nos detenemos en la superficie y abandonamos la búsqueda de subterráneas circunstancias, o fuerzas, que quizás fueron las impulsoras. *(Pausa)* "Dichosa edad y dichosos siglos aquéllos...", comenzaba un improvisado discurso que, en otra ocasión de mi vida, dirigí a unos asombrados y atónitos caberos. Invocaba un estado mítico del mundo donde todo sería perfecto en orden y armonía. Pero ese mundo ni existió, ni existe, ni nunca llegará a existir. Debemos, con realismo, reconocer la distancia que nos separa de esa aspiración o deseo; una distancia astronómica. La vida está organizada de forma que todos somos enemigos de todos. Es una trágica competición donde vence el más fuerte, el más osado y astuto, el menos escrupuloso. Al contemplar este panorama, uno se estremece y siente miedo; un miedo brutal y absoluto, porque nada más que dos alternativas aparecen claras: someterse, dejarse arrastrar por el vértigo, o tratar de dominarlo y valerse de él. Por instinto lo que no se puede es desertar:

hay que sumergirse en el estrepitoso remolino. *(Pausa)* No cabe duda, pues, que las condiciones del medio social, duras, injustas, agresivas y opresoras, predeterminan el comportamiento de toda persona que no posea una calidad fuera de la común; sus acciones vienen inducidas por un entorno propicio a la egolatría, a la violencia, al engaño y a todo lo que significa explotación. Por tanto, mal podemos exigir a nadie una responsabilidad por sus actos, cuando éstos han sido hijos de un ambiente y de unas circunstancias ajenas a la voluntad del individuo. ¿No es una monstruosidad, acaso, juzgarle por no poseer un alma grande, un valor excepcional...? Mientras nuestro mundo no sea un lugar para que la vida se desarrolle, con todas sus espléndidas posibilidades, sin estar sometida a manipulación y a una terrible lucha competitiva, con su secuela de frustraciones, odios y resentimientos, este Acusador no tiene fuerza moral para pedir castigos por culpas cuya gestación no es, claramente, imputable al sujeto. Sujeto al que, tal vez, sería mejor considerar también víctima, por haber ensuciado su imagen de ser humano, racional e inteligente, con el oprobio de unas bajas y miserables acciones. Ruego, por consiguiente, al Tribunal, dé por terminado el juicio sin que haya lugar a ningún pronunciamiento; y, a todos, que meditemos - por algo que hay que empezar -, sobre la posibilidad de mejorar y perfeccionar nuestra convivencia, para que no vuelvan a repetirse hechos que nos hagan sonrojar e inclinar, como ahora, con vergüenza y tristeza infinitas, nuestra cabeza. He dicho.

CORO.- ¡Menuda sorpresa! ¿Era éste el terrible acusador?

PRESIDENTE.- Señor Defensor, su turno.

DEFENSOR.- Al comenzar mi intervención las primeras palabras han de ser para resaltar el hecho de que el Acusador ha asumido el papel de la defensa. Debiera mostrar extrañeza, pero no lo hago. Hace mucho tiempo que lo conozco y sé de sus rarezas y genialidades movidas, eso sí, por ideales que yo, con humildad, admiro y respeto. Pero como hombre que pisa firme sobre el suelo, siento también el deber de corregir, o mejor, contrapesar, el loco - con locura sublime - vuelo de sus ideas y acciones. Por ello, en este momento de las conclusiones, de la reflexión, por simple amor a la justicia, el alegato del Acusador me obliga a puntualizar y matizar sus planteamientos y afirmaciones, para que se perciban en su real y auténtica dimensión. No insistiré en el análisis de los hechos, ya de sobra conocidos; quiero tratar la consecuencia extraída de todos ellos: la irresponsabilidad del hombre. Al estar sometido, piensa mi colega, a múltiples presiones e incitado por causas muy variadas a comportarse de manera insolidaria, agresiva y egoísta, no puede imputársele culpa por su actuación; la perversidad, la maldad, están en el mundo y, como no podemos

cambiarlo ni modificarlo, hay que admitir aquellos hechos, sin que sea correcto castigar al autor. Mi admirado Acusador, como siempre, se pasa o no llega. Yo admito que nuestro contorno social e incluso físico, es imperfecto, violento, injusto. Pero el hombre, como ser inteligente, tiene la obligación de encararse con él y tratar de corregir sus defectos; de luchar contra unas estructuras heredadas e incómodas; de buscar equidad en sus relaciones; en suma, de dirigir sus actos de forma que tiendan al bien, aunque no puedan alcanzarlo. Quizás por mis andanzas de otros tiempos, yo tengo una enorme fe en la influencia civilizadora y perfeccionadora de los nobles ideales. Es cierto que rara vez se logran, pero su impulso nos imprime una dirección y nos hacen crear tramos de camino por los que, otros hombres, puedan andar sin destrozar ni herir sus pies para, a partir de éstos, ir haciendo mas camino. Con expresión escueta: hemos de promover y estimular una evolución que mejore la sociedad. No quiero decir que, abandonándolo todo, nos convirtamos en apóstoles o profetas; la pretensión es mas modesta y realista: que en nuestro cotidiano quehacer seamos honestos, generosos y comprensivos; que pensemos que los demás son tan importantes y necesarios como nosotros mismos; que, como la vida es bella y agradable, debemos respetarla y protegerla; que nuestro afán de sabiduría y conocimiento en todos los campos de la ciencia, es útil, pero sus logros y beneficios no nos pertenecen de forma particular, no son patrimonio privado o de grupo. (Pausa) Todo hombre tiene la misión de ser ejemplar. Y desde el destripaterrones al científico que quema sus cejas en el microscopio, quien deserta de esta misión, pierde su calidad humana, se transforma en una pieza desajustada del mecanismo social, provocando trastornos y roturas de la convivencia. Es necesario, entonces, volverlo a ajustar mediante la corrección que proceda, o eliminarlo. Se impone, por consiguiente, el castigo. El hombre, y esta es su mayor grandeza, es responsable de sus acciones. El acusado eligió, para subir, el camino más fácil pero no el único. Había otros de esfuerzos y trabajo. En sus relaciones actuó siempre con manipulación, engaño y desde posición de fuerza. Consideró que la riqueza y el poder eran lo más importante de la vida, con desprecio de valores trascendentes. Conscientemente abandonó sus deberes ineludibles de hombre, de persona... No podemos, si concebimos la justicia como la suprema aspiración al bien, si creemos que es necesario llevar el mundo hacia una organización mejor, dejar libre y sin castigo a quien atentó contra estos principios. Ésta es la causa por la que yo, el Defensor, en mi deseo de que el Acusado recobre su perdida dignidad, purgando los delitos cometidos, pido una condena clara y terminante. Nada más.

CORO.- ¿Quién entiende este galimatías? El Acusador y el Defensor

invierten sus funciones. ¡Curiosa manera de enredar el ya confuso desarrollo de este juicio! ¡Ya no estamos seguros de nada!

PRESIDENTE.- Antes de dictar el fallo, se impone la reflexión. (Larga pausa) El Acusador considera que no puede ser castigado este hombre por cuanto sus culpas fueron inducidas por la especial organización de nuestra sociedad. Tan alta es su concepción de la justicia que, ante la imposibilidad de castigarnos todos, prefiere escape el acusado. Yo respeto sus nobles pensamientos, pero con el realismo de que ha hecho gala el Defensor, creo que la justicia hemos de considerarla como una tendencia, una espiración ideal hacia el bien. Por tanto, todo lo que entorpezca esa tendencia, es malo y debe ser corregido. Tampoco podemos caer en un exagerado determinismo: el hombre tiene libertad, todo lo restringida que se quiera, pero goza de cierta libertad; su dignidad así lo exige. Puede rebelarse, debe rebelarse contra las influencias negativas; ha de pensar que su actuación tiene un límite: lo que perjudica a sus semejantes... Cuando se traspasa se comete una falta grave. Es lo ocurrido en este caso. Así, pues, considerando la reiterada pertinacia con que el Acusado obró aprovechándose de los demás, provocando miserias y sembrando violencias; considerando, también, su desprecio de los mejores valores humanos, no cuantificables en moneda, como la bondad, el amor, la belleza, la poesía...; considerando, finalmente, que todo lo expuesto implica un atentado continuado contra el ser humano, debo condenar y condeno a este hombre a vivir en la más estricta y absoluta soledad, sin más compañía que sus riquezas.

CORO.- ¡Qué horror! ¡Ninguna pena tan grande como la soledad! (Todos los componentes del Coro se sitúan alrededor del Acusado, girando continuamente, mientras gritan: ¡Solo! ¡Solo! ¡Solo!

TELÓN LENTO

Septiembre 1.977

LA FURIA DE LOS DIOSES

LA FURIA DE LOS DIOSES

I

Casa en las afueras de Roma

POMPEYA.- Recoge esa ropa y limpia bien todo.

SIERVA.- Sí. ¿Preparo después la comida?

POMPEYA.- No, más tarde, cuando lleguen los amigos que esperamos.

SIERVA.- Siempre viene gente.

POMPEYA.- Ya sabes lo que dice mi esposo: no es sabrosa la posesión de ningún bien si no lo participamos. Por eso gusta de estar rodeado de amigos con quienes compartir los bienes, gozar las alegrías, diluir las tristezas.

SIERVA.- El amo es muy popular. Muchas veces, en el mercado, me han hablado de él.

POMPEYA.- ¿Bien o mal?

SIERVA.- (*Un poco cohibida*) Bien, claro. Dicen que es un sabio y repiten frases suyas que yo no entiendo.

POMPEYA.- Por el pueblo corren sus ideas hechas ya sabiduría común.

SIERVA.- También dicen que era muy poderoso, pero que ya...

POMPEYA.- Ya ¿qué?

SIERVA.- No sé...

POMPEYA.- No tengas miedo, habla.

SIERVA.- Que... que ahora está en desgracia. Antes gobernaba él por el César; ahora el César le odia y le envidia...

SÉNECA.- (*Entrando*) ¿quién puede envidiarme a mí?

SIERVA.- Mi amo, yo...

POMPEYA.- Ella repetía lo que se dice por ahí.

SÉNECA.- Cesar está muy alto para envidiar a un viejo filósofo.

POMPEYA.- Amado esposo, la inteligencia, como la belleza, son dones otorgados graciosamente por los dioses; hasta un emperador puede desearlos.

SÉNECA.- No es malo el deseo de poseer aquello de que se carece, lo grave es querer tenerlo en exclusividad y sufrir porque alguien nos supere. (*Se acerca hacia la terraza, desde la que se divisa Roma y la contempla en silencio. Larga pausa*)

POMPEYA.- ¿Estás triste?

SÉNECA.- No. Tal vez un poco nostálgico. La visión de la ciudad me trae recuerdos de otros días. ¡Oh Roma, Roma, mi querida patria! Los que, alguna vez, hemos sido desterrados, sabemos de ese insoportable dolor de estar ausentes de ella. Sobre todo cuando se es joven y se aspira a colaborar en sus destinos. Después, cuando ascendemos en experiencia, que es la forma más humilde de sabiduría, y descendemos en vigor, sentimos que nos alejamos de ella, que nos desterramos, nos expatriamos, en nosotros mismos. Y la contemplación de la patria, desde la solitaria isla de nuestra ya vieja vida produce, también, una sensación angustiosa y triste... Pero en el fondo todos somos unos desterrados... Desterrados de una patria ideal que nunca alcanzamos a vislumbrar... Me viene a la memoria aquéllas inhóspitas tierras de Córcega, donde pasé largos años. Su cielo azul y limpio, sus ásperas montañas, sus montaraces habitantes, hoy, con la distancia, me parecen atractivos, maravillosos... Invitaban a la meditación, al pensamiento.

POMPEYA.- Allí escribiste a Helvia, tu madre, una hermosa consolación.

SÉNECA.- (*Ausente*) Y recuerdo, también, aquélla lejana región donde nací y pasé mis primeros años. La campiña cubierta de rubio cereal, el caudaloso río arrastrando, sin esfuerzo, cientos de embarcaciones cargadas de trigo y minerales; el luminoso y cálido sol de los largos estíos...

(*Entran Lucilio y Marcelo*)

MARCELO.- Séneca... Querida Pompeya.

LUCILIO.- Queridos amigos. Me satisface veros bien.

SÉNECA.- Lucilio, Marcelo. Amigos de los buenos y de los malos tiempos, amigos de siempre.

MARCELO.- Amigos y algo discípulos del gran maestro.

SÉNECA.- ¡Por favor! Vosotros sois los que habéis enriquecido mi sabiduría y me hacéis feliz. Mis ideas son también vuestras, porque las habéis

suscitado. La amistad crea entre nosotros comunidad de bienes y de pensamientos.

POMPEYA.- Voy a ordenar la comida.

LUCILIO.- ¡Qué extraordinaria mujer tienes!

SÉNECA.- Soy hombre a quien los dioses han concedido excesivos beneficios; el mayor de todos esta esposa.

LUCILIO.- Tal vez, además, duras pruebas... *(Hay un largo silencio)*

SÉNECA.- Quien vivió con intensidad, saboreando cada instante, quiere morir. No puede, por tanto, tener miedo a la, para el vulgo, peor prueba: la muerte. Ha de mostrarse risueño y conservarse recio en su presencia. Mal filósofo será quien no ha pensado largamente en el fin. Pero acomodaos, que ya viene la comida.

(Entra Pompeya, seguida de varios sirvientes, portando la comida)

MARCELO.- Se habla, Séneca, de que tuviste algo que ver en la conspiración de Pisón. Muchos amigos no se atreven a venir por temor a Nerón.

SÉNECA.- Los momentos difíciles son el yunque donde se prueba la auténtica amistad. Pero estad tranquilos, no he participado en la conspiración.

LUCILIO.- Sabemos que has renunciado a tus riquezas en favor del César.

SÉNECA.- Soy hombre y he cometido muchos errores. Acumulé riquezas, poder y prestigio, es cierto; pero siempre viví en la pobreza. Soy frugal, de escasas necesidades. No preciso, pues, de riquezas. Ya solo aspiro, cada día, a mayor perfección, a consagrarme al espíritu y, para ello, es menester ser pobres o semejantes a pobres.

POMPEYA.- Bebed, bebed; es un buen vino.

MARCELO.- Muy bueno, ciertamente.

SÉNECA.- Esa es la causa de que devuelva mis bienes a quien me hizo conseguirlos.

LUCILIO.- Es sabia, como tuya, la decisión.

SÉNECA.- Vosotros me conocéis. En mi vida han habido muchos fallos, múltiples flaquezas. He podido ser avaro en algún momento; sensual y vicioso en noches de locura; ambicioso en horas de ímpetus y juventud; pero siempre he reconocido lo vano de tales afanes y comportamientos. He procurado vivir, con algún inevitable paréntesis, como si alguien me viese, como si alguien se asomara a mi interior.

(En este momento entra un siervo y se acerca a Séneca)

SIERVO.- El tribuno Marcio solicita verte.

SÉNECA.- Que pase *(Sale el siervo)* No os preocupéis...

TRIBUNO.- ¡Séneca!



SÉNECA.- ¡Marcio!

TRIBUNO.- *(Mirando al grupo y dudando)* ¿Puedo...?

SÉNECA.- Son mis mejores amigos; no tengo secretos para ellos. Puedes hablar.

TRIBUNO.- En el proceso abierto por la conspiración de Pisón, figura tu nombre. El Cesar quiere tu justificación.

SÉNECA.- Mis relaciones con Pisón han sido siempre distantes y de simple cortesía. Ultimamente intentó visitarme en varias ocasiones y nunca le recibí. Mi salud no es buena y necesitaba reposo y tranquilidad.

MARCELO.- Es cierto, nosotros podemos confirmarlo.

SÉNECA.- Por otra parte, Nerón conoce mi fidelidad. Jamás atentaría contra él. Intervine en su formación, fui su consejero durante años; puse mucho afecto y esperanzas en él...

TRIBUNO.- Te creo, Séneca, pero las circunstancias te acusan.

SÉNECA.- He puesto mis bienes y riquezas a su disposición; espero que no preste oídos a la maledicencia.

TRIBUNO.- Daré cuenta al Cesar de tus palabras. *(Sale)*

(Pompeya que ha contenido los sollozos, prorrumpe en llanto, abrazada a Séneca)

SÉNECA.- Por favor, querida, contén tus lágrimas. La entereza no debe abandonarnos en los momentos difíciles. Amigos, continuemos. Bebed. Bebed. Y recordad siempre nuestra amistad. Es un bien del que jamás podrán privarnos.

II

(La misma escenografía del cuadro anterior. Han pasado varias horas)

SÉNECA.- Muchas gracias, queridos amigos, por no abandonarnos en estas horas de incertidumbre.

MARCELO.- Tú nos decías que la amistad es compartir todo: los bienes, las horas de gozo, los momentos de inquietud...¿Cómo podíamos, pues, alejarnos en ocasión como ésta?

LUCILIO.- Estaremos, como siempre, a tu lado. No nos asustan ni importan las consecuencias.

MARCELO.- Además, ninguna prueba existe contra tí. No creo que el César se deje llevar por simples conjeturas o maliciosas murmuraciones.

SÉNECA.- Seamos sinceros con nosotros mismos. Ni la adversidad, ni la fortuna, deben nublar la inteligencia. Nerón no necesita de presiones ni excusas para realizar sus deseos o dar rienda suelta a sus crueldades. Tal vez nadie le conozca como yo; por eso no espero el más leve gesto de amistad ni de clemencia. Pero no desaprovechemos el tiempo en inútiles divagaciones. La vida es breve porque la malgastamos.

MARCELO.- ¿Y qué debemos hacer para aprovecharla?

SÉNECA.- Sencillamente, llenarla. Llenarla de saberes, de obras, de trabajos... La sensación de brevedad es la manifestación de un fracaso vital, de la pérdida de ricas posibilidades nunca aprovechadas. Quien pueda, mirando hacia atrás, contemplar su pasado pleno de acciones honrosas, de heroicos

esfuerzos, de continuadas obras bien hechas, no creará jamás que su vida fue breve.

LUCILIO.- Como siempre, lo que dices es hermoso. Pero cabe objetar que no todos los seres poseen suficiente capacidad para esas acciones extraordinarias.

SÉNECA.- Lo importante es la entrega continuada y el entusiasmo constante; la labor humilde, la tarea sencilla, hechas con amor e interés, tienen el mismo mérito que la obra grandiosa y espectacular.

LUCILIO.- ¿Qué cualidad más destacada exigirías al poderoso?

SÉNECA.- Sin duda la clemencia. Si la fuerza, al príncipe, le otorga poder, la inteligencia, brillo y la justicia respeto, es la clemencia, sin embargo, la que le granjea afecto o amor.

MARCELO.- Según eso, el amor es más importante que la justicia.

SÉNECA.- El amor es la superación de todas las virtudes, porque las resume y condensa en sí.

POMPEYA.- *(Entrando agitada)* ¡Soldados! ¡Los soldados rodean la casa!

SIERVA.- *(Con evidente pánico)* ¡Llega un centurión!

SÉNECA.- Calma, esposa mía. Veamos qué quiere.

MARCELO.- *(A Lucilio)* Es inquietante, a estas horas, una visita así.

SÉNECA.- *(A Marcelo y Lucilio)* No os vayáis; quiero teneros a mi lado *(Entra el Centurión y, por momentos, queda callado e indeciso ante Séneca)*

SÉNECA.- ¿Tienes algo que decirme?

CENTURION.- Sí... El Tribuno Marcio me encomendó te transmitiera un mensaje del César...*(todos le miran con ansiedad creciente)*

SÉNECA.- Dilo, pues.

CENTURION.- ...El César está pesaroso ante tan grave decisión... pero las circunstancias acaecidas..., razones de Estado... le obligan a ordenarte que...pongas fin a tu vida...Por afecto hacia tu persona deja que seas tu quien escoja el medio...

POMPEYA.- ¡OH, no! ¡No! *(Se abraza a Séneca llorando)*.

SÉNECA.- Cumpliré sus deseos...Pero antes redactaré mi testamento.

CENTURION.- No tienes tiempo: ha de ser ahora mismo.

SÉNECA.- ¿Por qué tanta impaciencia? ¿Qué temor puede infundir a Nerón un viejo enfermo?

CENTURION.- Esa es la orden. Y debo dar cuenta de que se ha cumplido.

SÉNECA.- Déjame, al menos, despedirme de la familia, de mis amigos...

CENTURION.- Puedes hacerlo.

SÉNECA.- Lucilio, Marcelo (*Se abrazan*) No estéis tristes... Cuando la vida ha sido larga e intensa, la muerte es necesaria e inevitable...; algo así como el paréntesis que cierra una hermosa frase..., o el toque final de una bella obra...

MARCELO.- ¡Nunca te olvidaremos!

LUCILIO.- ¡Estarás siempre en mi corazón!

SÉNECA.- Os lo agradezco, porque el recuerdo es una forma de seguir viviendo.

MARCELO.- Tus pensamientos, tus ideas, no morirán.

SÉNECA.- Es la pequeña gloria del filósofo: sus palabras, sus pensamientos, que son él mismo, su ser mas verdadero, permanecen inmutables, fuera del tiempo, sin desaparecer... Por ello no debéis preocuparos ni llorar... Séneca vivirá en vosotros, en la gente sencilla, que ha asumido y hecho propias sus palabras. Son ya vivo saber popular que se transmitirá interminablemente, a través de los siglos... (*Dirigiéndose a sus familiares*) Y vosotros, mis más íntimos, desechad la tristeza y el llanto. El hombre ha de comportarse, en todo momento, por difícil o atractivo, adverso o gozoso que sea, de forma tal que su dignidad de ser humano se mantenga enhiesta, alta, limpia... Podremos, a veces, tropezar y caer; eso es disculpable. Pero lo que nunca podemos dejar de hacer es intentar levantarnos, esforzarnos por superar nuestras deficiencias y debilidades... Con gesto elegante de insatisfacción..., como si alguien nos observara de forma continua o nos acompañara siempre con crítico afán... Así podremos decirle: sí, caí, pero he recompuesto la figura y he limpiado de lodo mi túnica... Sigo estando presentable... Sed humildes, sencillos, frugales... Ni os asuste la pobreza ni os seduzca la opulencia; lo que nos da la dimensión del hombre auténtico es su capacidad para ser ejemplar; ejemplar incluso en las debilidades, en los bajos momentos, en las miserias. Y tú, amada esposa, cesa en tus lágrimas. Piensa que la vida tiene un final; que cualquiera que sea la forma, la muerte es siempre la misma. Y más deseable que una muerte natural, con la razón perdida o turbia y desfigurado el rostro por el paso de los años o por la dolencia, es una muerte valiente, aceptada con entereza y sin miedo.

POMPEYA.- ¡Pero es injusta!

SÉNECA.- Las futuras generaciones juzgarán y la severidad de su juicio caerá, sin misericordia, sobre los culpables.

POMPEYA.- ¡No me consuela, esposo mío, que dentro de mil años reconozcan tu inocencia y condenen al culpable! ¡Te quiero aquí y ahora! ¡No quiero perderte ni separarme de tí! ¡Llévame contigo!

SÉNECA.- ¡Es una locura!

POMPEYA.- ¡Quiero morir yo también! ¡Que mi sangre sea también púrpura para el manto del furioso dios que te condena!

SÉNECA.- (*Conmovido*) ¡Por favor! No me hagas vacilar. Aprecio, en lo que valen, tus sentimientos, pero no puedo aceptar un sacrificio inútil.

POMPEYA.- ¡Inútil es mi vida sin tí! ¿No es, acaso, peor muerte dejar de ver tu rostro, no oír jamás tu voz ni escuchar tus palabras, rebosantes de belleza y sabiduría?

SÉNECA.- (*Visiblemente emocionado*) Sea. Cúmplase tu deseo. Dispongámonos para una muerte compartida, como compartida ha sido nuestra vida. ¡Amigos! Si la sangre que dentro de unos instantes brotará de nuestras venas no os asusta, sed testigos de este final... Y no seáis severos si en la agonía, algún gesto de dolor o miedo contradice nuestras afirmaciones... Después de todo, el filósofo también es un hombre...

(*Mientras dice la última frase se han recostado y van procediendo, con un cuchillo, a cortar las venas de los brazos y las piernas. El telón cae lentamente*)

Noviembre, 1.978